

el aterciopelado césped, pero cuando vieron al hada, todos dejaron de bailar y se reunieron en un círculo alrededor de ella para contemplarla.

“Les he traído un nuevo compañero de juegos,” dijo el hada. “Ustedes deben ser muy amables con él y enseñarle todo lo que debe saber, ¡porque él vivirá con ustedes para siempre!

Volvió a besar al pequeño Conejo y lo puso en el césped.

“¡Corre y juega pequeño Conejo!” le dijo el hada.

Pero el pequeño Conejo se sentó quieto por un momento, sin moverse. Cuando vio a los conejos silvestres bailando a su alrededor, súbitamente recordó sus patas traseras, y no quiso que ellos vieran que estaba hecho de una sola pieza. El no sabía que el hada, al besarla la última vez, lo había transformado totalmente. Y se hubiera quedado allí por largo tiempo, muy avergonzado como para moverse, si no hubiese sido porque, justo en ese momento, algo le picó en la nariz y, antes de pensar en lo que estaba haciendo, levantó una de sus patas posteriores para rascársela.

¡Y se dio cuenta que tenía patas traseras! En vez del sucio terciopelo, tenía un pelaje marrón, suave y brillante. Podía mover las orejas, sus bigotes eran tan largos que llegaban al césped. Dio un salto, y el placer que sintió al usar sus patas traseras fue tan grande que continuó saltando hacia los lados y girando como lo hacían los otros, alcanzando tal nivel de emoción, que cuando finalmente se detuvo y buscó al hada, ella ya se había ido.

Finalmente era un Conejo Real, y estaba en su hogar, con los otros conejos.

Pasó el otoño y el invierno, y en la primavera, cuando los días se tornaron más tibios y soleados, el Niño salió a jugar en el bosque detrás de la casa. Y mientras estaba jugando, dos conejos se asomaron y lo miraron. Uno de ellos era todo marrón pero el otro tenía unas extrañas marcas debajo de su pelaje, como si mucho tiempo atrás hubiera sido manchado y las manchas aún se pudieran ver a través del pelaje. Y había algo familiar en su pequeña y suave nariz y sus redondos ojos negros, por lo que el Niño pensó para sí “¡Ese luce tan parecido a mi viejo Conejito, que se perdió cuando tuve escarlatina!”

Pero él nunca supo que realmente ése era su viejo conejo, que había regresado a mirar al niño que primero le ayudó a ser Real.

Dos cuentos increíbles

PADRES: Hay algo de verdad en los dos cuentos increíbles que contamos a continuación: tanto Johnny Appleseed como Casey Jones realmente existieron. Pero se sabe que los cuentos increíbles no son verdaderos y como todos los cuentos de este tipo, estas dos historias se basan en gran parte en exageraciones. Presentan personas y hazañas más grandes de lo que fueron en la vida real, pero no más grandes que el espíritu de la gente a quien le encanta contar este tipo de historias.

Johnny Appleseed

Esta es la historia de John Chapman, más conocido como Johnny Appleseed. El vivió en este país hace muchísimo tiempo, cuando America todavía estaba creciendo y no existían tantos pueblos ni ciudades, pero sí había muchas tierras sin fronteras.

Johnny fue un héroe fuera de lo común. Nunca dirigió tropas en una guerra, ni llegó a ser Presidente, nunca cruzó océanos en una nave, ni mató dragones para rescatar a una princesa. Pero aún así, fue un héroe de verdad. Y lo que hizo fue—bueno, ya lo verán.

Cuenta la gente que cuando Johnny era un bebé, molestaba y lloraba, manteniendo a la familia despierta, hasta que pusieron en su manita un ramito con capullos de manzanas. El no arrancó los pétalos ni se los comió, como lo hubiera hecho cualquier otro bebé. En vez de ello, se quedó quieto en su cuna, mirando feliz los capullos de manzanas y oliéndolos de vez en cuando.

Cuando Johnny era pequeño, su madre acostumbraba a pasear con él por el bosque y le mostraba las plantas, ardillas, y demás. Amaba las aves y los animales casi tanto como las manzanas y árboles de manzano. Nada lo hacía más feliz que jugar con los animales, aun cuando se tratara de una mofeta. Y cuando había un animalito enfermo o con la pata rota, la gente del vecindario decía: “Llévenlo a Johnny Chapman. El curará de inmediato al animalito.”

Cuando Johnny creció, se le metió una idea que no pudo apartar de su mente. Su idea era que debería haber más manzanos, muchos más, y que él era el indicado para plantarlos. Pero no podía cargar manzanos por todo el país; lo que necesitaba era semillas, una gran cantidad de semillas.

Cerca de donde Johnny vivía, habían molinos donde preparaban sidra de manzana. Para ello, sólo exprimían el jugo de las manzanas y desechaban las semillas. Pero para Johnny estas sí eran de utilidad, así que tomó las semillas, las lavó y las puso a secar al sol. Cuando terminó, tenía sacos enteros llenos de semillas.

De esa manera, partió Johnny hacia el oeste, cargando sus semillas de manzana. Llevaba tantas semillas consigo, que ya no tenía sitio para llevar casi nada más. Hizo lugar para llevar sus dos libros favoritos: La Biblia y Las Fábulas de Esopo, y como de todas maneras necesitaba llevar una cacerola, se la puso en la cabeza.

ILUSTRACIÓN

Así recorrió Johnny todo el país, durmiendo a cielo abierto, comiendo lo que encontraba, avanzando entre el lodo y la nieve. Caminaba y caminaba, deteniéndose aquí y allá para plantar las semillas en las riberas de los ríos, en las praderas y donde la gente se lo permitiera. Dondequiera que encontraba familias mudándose al oeste (y en esos días muchas familias lo hacían), les regalaba un puñado de semillas para que pudieran sembrar sus propios manzanos. Y así fue que la gente lo empezó a conocer como “Johnny Appleseed.”

Algunas personas lo consideraban un tonto porque daba sus semillas a cambio de nada, pues esa gente pensaba que sólo tenía sentido hacer algo si con ello se ganaba dinero. Pero Johnny Appleseed solía decir: “¿Dinero?” y chasqueaba los dedos. “¿Qué

se puede hacer con dinero? Sólo gastarlo en ropa, o casas, o comida.” Luego, sin pedir un centavo a nadie, seguía su camino.

Cuando alguien tocaba el tema de los animales, Johnny Appleseed sólo chasqueaba sus dedos nuevamente. “Dejen tranquilos a los animales,” decía, “y ellos harán lo mismo con ustedes. Ellos son sus hermanos y hermanas, sólo que son del tipo que no piden ropas prestadas, ni discuten como lo hacen sus hermanos y hermanas humanos.”

En una ocasión, en un frío día de invierno, Johnny estaba avanzando por la nieve, y en eso llegó la noche. Miró a su alrededor, buscando un tronco que tuviera un agujero grande para albergarse y dormir. Encontró un magnífico tronco, hizo una fogata cerca, donde preparó su comida, comió y luego empezó a meterse dentro del tronco.

Cuando ya había metido medio cuerpo, escuchó un rugido. Era un oso enorme que estaba acostado allí, con sus patas cruzadas sobre el pecho, disfrutando de su sueño invernal.

Johnny se salió muy despacio, pulgada a pulgada, silencioso como una culebra, para no interrumpir el sueño del oso. “Perdona, hermano Oso,” susurró. Luego bostezó, se estiró y, haciéndose un ovillo, se durmió sobre la nieve.

Había algo en lo que Johnny Appleseed creía, pero tuvo que batallar mucho para llevarlo a cabo. El soñaba con ver una nación llena de sembríos de manzanos, con manzanas floreciendo en la primavera, y hombres, mujeres y niños por doquier, tan sanos y fuertes como él.

Johnny vivió hace mucho, mucho tiempo, pero la gente dice que, aún hoy en día, si uno va a cierto lugar de Ohio en la temporada en que florecen los manzanos, y se levanta antes del alba para ir a cierto viejo manzano, verá el humo de la fogata de Johnny extinguiéndose. Tal vez uno pueda, vislumbrar el espíritu de Johnny marchando hacia el oeste en primavera, dando vida a los huertos de manzanos y cuidando de ellos.

Casey Jones

PADRES: Casey Jones fue un hombre que existió de verdad. Nació en 1864 y su verdadero nombre fue John Luther Jones. Cuando empezó a trabajar para el ferrocarril, a la edad de 15 años, todos lo empezaron a llamar “Casey,” por el pueblo natal: Cayce, en Kentucky. Sus hazañas como ingeniero ferroviario han entrado al reino de la fantasía y de los cuentos increíbles. La historia de su vida y su dramática muerte (ocurrida en 1900), viven en una canción de la que hay varias versiones. En esta versión de la historia de Casey Jones, se tejen algunas líneas de las canciones escritas sobre él.

*Reúnanse ahora amigos, pues que escuchen, quisiera,
La historia del ingeniero más valiente, que jamás existiera.*

PINTURA

Su nombre fue Casey Jones, y déjenme decirles que nunca existió un hombre que pudiera conducir un tren tan rápido como él.

Cuando Casey era un muchacho, el ferrocarril era la forma más rápida de transporte que había. Eso fue mucho tiempo antes de que existieran los aviones o los transbordadores espaciales, incluso antes de que se inventaran los veloces automóviles y camiones.

Casey conducía un tren de la línea central de Illinois. El adoraba sentarse en lo alto de la cabina del tren con la mano en el acelerador, que es la palanca que se usa para hacer que el tren vaya más despacio o, en el caso de Casey, más rápido. Le gustaba ver los árboles y campos pasar zumbando. Y disfrutaba haciendo sonar el silbato—y no había ningún otro tren con un silbato como el de Casey; éste empezaba a sonar suavemente, como el canto de un chotacabras, luego se convertía en un aullido, como el de un coyote en la noche, para después apagarse en espectral susurro.

La gente siempre sabía cuando Casey se aproximaba. Aún antes de divisar el tren, podían oír el potente *chu-chu, chu-chu*, sonando cada vez más fuerte. Después oían ese aullido salvaje que el silbato producía. La gente solía decir que cuando Casey soplabla su silbato, los bebés se despertaban de sus siestas, pero que no lloraban. Por el contrario, imitaban el *chu-chu, uuu-uuu* y enseguida se volvían a dormir. También se decía que cuando Casey soplabla el silbato las vacas daban un cuarto más de leche y las gallinas ponían, por lo menos, una docena de huevos cada una. Y lo más increíble era que, si se apuraban, podían coger uno de los huevos, partirlo y ponerlo en una sartén fría y poner un pedazo de pan solo en un plato, y tan pronto como pasaba Casey como un destello, en la sartén había un hermoso huevo frito, hecho así de fácil, y en el plato una tostada caliente con mantequilla.

¿Y cuál era la razón por la que Casey conducía tan velozmente? Era porque le gustaba llegar siempre a tiempo, y se enorgullecía de ello. Quería que el tren llegara a su destino a la hora que debía, o incluso un poquito antes. Cada vez que iniciaba un viaje, los hombres de la estación gritaban, agitando sus manos: “¡Tráelo a tiempo, Casey!” Y ellos sabían que lo haría.

Pero uno solo no puede hacer que el tren vaya tan rápido. Casey necesitaba la ayuda de un buen fogonero y en Sim Webb encontró a uno de los mejores. El fogonero de un tren no apaga fuegos—nada de eso; Sim Webb mantenía el fuego vivo echándole palas de carbón, lo que hacía rugir las llamas para producir mucho vapor, logrando así que el tren acelerara para poder llegar a tiempo.

En cierta ocasión, Casey y Sim casi *no llegaron* a tiempo. Llevaban como carga el correo a la ciudad de Memphis, en Tennessee y llovía a cántaros. Algunas personas decían:

*Por cinco o seis semanas la lluvia cayó,
E inundados como el lecho de un río, los rieles dejó.*

En la estación de Memphis, los hombres del ferrocarril esperaban la llegada de Casey. Algunos decían: “No hay forma de que llegue a tiempo con esta lluvia. Va a tener que ir despacio.” Pero otros decían: “Esperen y verán. Casey Jones *siempre* llega a tiempo. Llegar a tiempo es su hobby.” Y por supuesto, casi enseguida vieron una luz a lo lejos y

oyeron un solitario silbato, que sólo podía ser el de Casey. El tren entró a la estación, chorreando agua, avanzando con dificultad, *pero a tiempo*.

Casey y Sim estaban agotados y ansiaban un reparador sueño. Pero apenas se habían acostado, cuando alguien les tocó a la puerta. Al parecer, el ingeniero que debía llevar el tren hacia el sur estaba enfermo. Ni siquiera tuvieron que preguntarle a Casey si podía reemplazar al hombre. Cansado como estaba, Casey se vistió y fue hasta el tren. Y al llegar encontró que Sim Webb ya estaba llenado las calderas con carbón y dejando el tren listo para cargar el correo, los bultos, y también algunos pasajeros.

Ahora, amigos, es acá donde viene la parte triste de la historia, sobre cómo Casey encontró su final.

Mientras se subía a la cabina y cogía el acelerador, escuchó que alguien gritaba: “¡Casey, ya tienes como hora y media de retraso!” Pero él sólo sonrió y dijo para sí mismo: “Supongo que eso significa que debo ir un poco más rápido.”

Accionó el acelerador y el tren arrancó en la oscura y húmeda noche. Sim Webb echaba las palas de carbón tan rápido como podía y el tren avanzaba ruidosamente, yendo cada vez más rápido. “¡Casey!” le gritó Sim, “¡estás corriendo demasiado!”

*Y Casey dijo: “Creo que lo lograremos
Porque es la mejor máquina de vapor que conocemos.”
Y Casey dijo: “Fogonero, no te quejes,
Sigue golpeando la puerta del fuego y en tu esfuerzo no cejes.
Voy a correr este tren hasta dejar el carril
Y llegaremos a tiempo con el correo del sur en este ferrocarril.”*

Casey conducía el tren tan velozmente como podía. Iban tan rápido que parecía que sí llegarían a tiempo. Pero entonces, mientras entraba rápidamente a una curva, Casey alcanzó a ver entre la oscuridad una luz delante. Pero no se suponía que hubiera una luz en ese lugar, no en ese carril. Entonces él se dio cuenta: había un tren atascado en un riel más adelante. ¡Y su máquina iba a toda velocidad, *directamente hacia ése!*

Casey haló el freno con todas sus fuerzas y gritó: “¡Salta, Sim!”

“¡Casey, salta tú!” gritó Sim.

“¡Salta!” repitió Casey, y Sim saltó. Pero Casey se quedó en el tren. Sabía que no podría detener el tren a tiempo, pero sabía también que tenía que bajar la velocidad. Sabía que saltar y soltar el freno podría significar la muerte de los pasajeros. Así que siguió halando el freno con toda su alma y de pronto sonó un terrible ruido en la oscuridad.

*Los trenes se encontraron en medio de la colina
Frente a frente, en un nudo que los conducía a la muerte.
Todos dijeron que él trató de hacer lo que debía,
Pero Casey Jones encontró su fin aquel día.*

Casey Jones—montado en la cabina.
 Casey Jones—su mano en la palanca asida
 Casey Jones montado en la cabina
 Hizo su viaje hacia la Tierra Prometida.

Pobre Casey. Cuando lo encontraron, tenía aún una mano asida fuertemente a la palanca del acelerador y la otra apretando el freno. Pero fue él el único que murió. Los pasajeros lograron sobrevivir gracias a que Casey se quedó en su puesto e hizo lo que tenía que hacer.

La gente dice que si miras al cielo en la noche y ves cruzar un destello de luz—bueno, podría tratarse de una estrella fugaz, pero ... ¿quién sabe? ... podría ser Casey Jones, cruzando raudo el firmamento—*chu-chu, chu-chu*, ahora y siempre y hasta el fin de los tiempos.

Dichos

PADRES: Cada cultura tiene frases y proverbios cuyo significado literal no dice nada para otras culturas. Decir, por ejemplo, que alguien “ha dejado el gato fuera de la bolsa,” no significa en absoluto que se libere a un gatito atrapado. Tampoco tiene un significado literal—¡gracias a Dios!—la frase “Llueve gatos y perros.” (It’s raining cats and dogs.)

Los dichos y frases de esta sección pueden ser conocidos por muchos niños, pues los escuchan en casa. Pero se ha elegido incluir estos dichos y frases en la secuencia de Core Knowledge por la gratitud de muchos padres y maestros que trabajan con niños de culturas diferentes a la cultura del inglés americano educado.

Para los niños de kindergarten hemos escogido una selección de dichos muy conocidos, que probablemente estén relacionados con experiencias propias del niño.

April showers bring May flowers.

No hay mal que por bien no venga.

La gente usa este dicho para explicar que aún algo desagradable puede hacer que ocurra un hecho agradable, así como las lluvias de primavera hacen que florezcan las flores.

Bob contrajo la varicela y no podía ir a la feria. “¡Anímate, Bob! le dijo su madre. No hay mal que por bien no venga: tienes que quedarte en casa, pero así tendremos tiempo para jugar con ese nuevo rompecabezas que tanto querías armar.”

Better safe than sorry.

La gente usa este dicho para advertir que es mejor no arriesgarse a hacer algo que podría ser peligroso. Dicen esto porque, si eres cuidadoso, tendrás menos probabilidades de lastimarte o cometer un error.

Alex retó a Carlos a caminar por la baranda de un viejo puente. “Ni pensarlo, Alex,” le dijo Carlos. “Podríamos caer al río. Better safe than sorry.”